

REVISTA DE REVISTAS

LOS SEGUROS SOCIALES EN ESPAÑA, según "Cositas", revista de Berna.

En España hay una serie tal de notables Seguros Sociales que, en este aspecto, se la puede considerar como un Estado modelo.

En primer lugar, citaremos el Seguro Familiar obligatorio que facilita a todo hogar de trabajadores un ingreso suficiente.

Todos los patrones están obligados a contribuir a éste y demás seguros sociales que iremos citando. La cuantía del seguro se regula según el número de hijos a partir del segundo. La cantidad a percibir se establece sobre la base de una suma equivalente al 6 % del jornal, del cual se carga el 5 % a cuenta del patrono y el 1 % a la del obrero.

El 20 de octubre de 1938 se fijó un subsidio para familia de cinco hijos, de 40 pesetas mensuales, el cual se duplicó en 1941. El 27 de julio de 1943 se elevó de nuevo a la suma de 120 pesetas mensuales. Por el encarecimiento de la vida, particularmente en las ciudades, la cuantía de los seguros se ha elevado hoy considerablemente, hasta el punto que habiendo pagado en 1939 la suma de 50.772.666 en subsidios familiares, sólo en el primer semestre de 1945 se llegó a la ingente suma de 411.118.636 pesetas.

Para fomentar la celebración de matrimonios y los nuevos hogares y dar facilidades a los contrayentes de escasos medios económicos, el Estado otorga a los contrayentes una cantidad, por una sola vez, que para el novio, asciende a 2.500 pesetas y para la novia a 5.000, siempre que ésta se comprometa a renunciar a todo trabajo remunerado una vez casada. Este beneficio afecta a todos aquellos trabajadores cuyos ingresos anuales no pasen de 10.000 pesetas. Tan sólo en el año 1944 el Estado ha abonado en concepto de subsidios familiares la suma de 35.444.000 pesetas.

Como ayuda a las familias prolíferas, que en España abundan en alto grado, se concede un premio especial de natalidad que más bien reviste el carácter de homenaje que el de verdadero subsidio.

Como mejor podrá apreciarse la suma representada por este subsidio familiar que el Estado consciente de su responsabilidad social otorga, es por los siguientes datos estadísticos. Tan sólo desde diciembre de 1939 hasta fines de enero de 1944, ha dedicado España a subsidios familiares 2.010.532.903 pesetas.

Con el Subsidio de Maternidad, el Estado se esfuerza principalmente en reducir la mortalidad, tanto infantil como la de las madres, debida a deficientes condiciones higiénicas en las clases humildes. Se tiene en cuenta para esto que todavía, hace pocos años, podían señalarse en los alumbramientos unos 170.000 fallecimientos que habrían podido evitarse.

Junto a los subsidios económicos que el Estado concede a las madres escasas de recursos, una Institución, fundada en 1940 se ocupa de proporcionar tratamiento médico en las clínicas, así como la estancia en ellas, con carácter gratuito. En este respecto se emplearon para fines sanitarios, tan solo en el primer semestre del año 1945, 1.262.197 pesetas y para subsidios económicos 2.361.581 pesetas.

Las familias numerosas con un minimum de cinco hijos disfrutan además en la España de hoy de una ayuda especial del Estado, a la que en 1944

se acogieron más de 100 mil familias por la que, además de los auxilios económicos, logran reducción en las tarifas de transportes, en las clínicas y balnearios así como también preferencia para cubrir los puestos de trabajo vacantes.

Existen también el Seguro Obligatorio de Enfermedades y el de Accidentes, también obligatorio. Estos seguros abarcan todas las clases de trabajadores y proporcionan gratuitamente cuidado, tratamiento médico y medicinas, así como también indemnizaciones cuando falte el jornal.

En 1945, 2.378.742 trabajadores disfrutaron de estos beneficios con lo que el Estado, sólo en el Seguro de Enfermedad gastó la suma de 52.322.121 pesetas en el primer semestre de dicho año.

Aparte de los ya citados, existe un Seguro de Vejez y de Invalidez que entra en vigor a los 65 años de edad y para el que la España de hoy concede 900.523 pesetas.

El Instituto Social de la Marina recaba para sí la protección de marinos y pescadores. Se ocupa de la protección y cobro de cuotas a los pescadores, de la protección y sostenimiento de huérfanos, de plazas gratuitas en clínicas y sanatorios, de concesión de créditos y del pago de todos los seguros sociales según las normas del Instituto Nacional de Previsión.

Con todos estos seguros ya existentes no se da por satisfecha la España de hoy y el Gobierno ha nombrado una Comisión de Estudios para perfeccionar e incrementar la obra comenzada.

LOS FRUTOS DEL LIBERALISMO EN EL URUGUAY. — En la última reunión del Directorio del Partido Nacional se trataron asuntos de verdadera social. El senador Eduardo Víctor Haedo se ocupó de la extensión alarmante que el divorcio está teniendo en el país, llamando la atención de los demás dirigentes sobre las consecuencias francamente lesivas que para la moral social y principalmente para la estabilidad de la familia ella representa. Aludió el senador Haedo a la conveniencia esencial de que el Partido Nacional, que siempre ha sido el abanderado de los conceptos fundamentales de Patria, Familia y Religión, se ocupe no sólo de los problemas que interesan a la subsistencia material del pueblo, sino también de otros de índole espiritual, imprescindibles para la defensa de las reservas morales de la Nación. Puso de manifiesto la necesidad de adoptar adecuadas y justas medidas legales que contengan, en cuanto corresponda, la extensión ilimitada de los divorcios, cuya deplorables consecuencias comienzan hoy a palparse, y propuso que la banca legislativa enfrentase el problema, encargando a una Comisión la preparación de un proyecto a presentarse en la legislatura que se inicia.

Pocos países de América han sufrido más que el Uruguay las consecuencias funestas de esa corriente de "liberalismo" desquiciador y anticristiano que invadió el mundo a principios de siglo y que llega ahora a la culminación de su obra destructiva sumiendo a toda nuestra civilización en el caos más absoluto. Casi todos los políticos que estuvieron al frente del gobierno y de la acción legislativa durante estos últimos lustros, se nutrieron ávidamente de todos uos postulados del "liberalismo" haciendo de éste el fundamento e inspiración de toda su acción de gobernantes y legisladores. Casi puede decirse que toda la crisis actual de las instituciones y de la moral política uruguaya se debe a esa fuente de ideas puramente negativas que el y ha sido siempre el "liberalismo".

Todo el precioso legado que nuestra civilización hispánica y católica nos dejara ha venido siendo atacado y desmenuzado por cuanta idea "liberal" o

de las mal llamadas progresistas nos llegara de determinados centros europeos traídos por la obseción extranjerizante del batllismo, fuerza política que tuvo en sus manos los destinos del país durante casi toda esta mitad del siglo. Esas ideas conjuntamente con ciertas iniciativas de índole económica y social dieron tal fuerza a la corriente "liberal" que ella desbordó de las líneas partidarias que la representaban para imprimirse hondamente en todo el panorama político del Uruguay.

Dentro de esa corriente, la legislación referente a la organización familiar tomó las formas más avanzadas y la Ley de Divorcio fué la piedra angular de este nuevo ordenamiento.

Cumple pues el Partido Nacional una función de altísimo significado moral y patriótico al ocuparse de tan trascendente problema. La reacción que ya se nota en todos los países del mundo ante las consecuencias fatales del "liberalismo" ideario tan opuesto a nuestra cultura y a nuestra moral tradicional, se pone de manifiesto en esta preocupación de los dirigentes nacionalistas, cuyo portavoz, el senador Haedo, ha interpretado en la extensión y gravedad que corresponde. — *Tribuna*, Buenos Aires, 20 de febrero de 1947.

METAFISICA DE LA MUERTE, por Jesús Iturrioz, S. J. — Lo que pudo en un tiempo ser simple problema ascético, médico o criminalológico, ha venido hoy a centrarse en el meollo mismo de la filosofía, en la metafísica.

Y no es que hasta hoy la muerte hubiera sido ajena a la filosofía: en toda época se han preocupado de ella los filósofos. Pero para ellos, más que un problema absoluto, que tomara la muerte en sí misma, éralo de orden moral, pues patentizaba en sí criterios certeros para valorar en su justo precio lo huidizo y caduco.

En nuestros días, la metafísica se ha hecho existencial y vital. Sus meditaciones versan sobre la existencia de lo existente, más bien que sobre lo existente con la existencia. Emocionada ha descubierto que la realidad suprema existencial es la vida. La metafísica de hoy se ha encerrado como en baluarte inexpugnable dentro del hombre mismo: ahí no se complican sus especulaciones con problemas críticos, verdaderos parásitos de la filosofía, sino que cimentada sobre la roca viva de la conciencia, procede sin cuidado en su investigación esmerada y difícil.

Hoy la muerte está presente en bandeja viva ante el metafísico. Ese *bios* de sus ensueños, al que se entregara en ruidosos homenajes el cetro del pensamiento, para que condujera en triunfo la lucha contra la abstracta esencia, ha resultado una reina cruel, traidora: en su pecho oculta la daga suicida, es una existencia que lleva en sus entrañas la no-existencia.

Para que los metafísicos hayan podido admitir como conclusión científica, que todos mueren, han sido necesarios estudios sutilísimos, llevados a cabo con escrupulosidad absoluta. Y sólo cuando observaciones esmeradísimas realizadas metódicamente sobre los fenómenos de la conciencia, han arrojado como resultado la mortalidad de toda vida, la caducidad de todo ser, sólo entonces se ha atrevida la metafísica a registrar en sus libros este prodigioso invento: todo muere, todo para.

La conciencia va comunicando de continuo nuestro envejecer ininterrumpido, cada vez pesa sobre ella más el pasado, y siente menos ayadas del porvenir para sobrellevarlo. Los horizontes se van cerrando. Apenas se divisa ya posibilidad de proseguir. La conciencia adivina, al internarse en su misma vida y hacerla consciente, un futuro inevitable, un horizonte definitivo, un término hacia el que se camina a velocidades medidas por el tiempo que

pasa: la muerte. Es trágico el parte oficial de la conciencia. El metafísico no tiene en sí otra respuesta que la ciega sumisión: decir un sí decisivo y designado al sino de la vida, y esperar. Sócrates charlando amenamente con sus amigos sobre la muerte y bebiendo con serenidad la copa de la cicuta es un cuadro plástico del metafísico de hoy: nadie sabe y habla de la muerte tanto como él; se resigna impasible a morir.

El culto lector conoce el nombre de Martín Heidegger, el actual profesor de Metafísica en la Universidad de Friburgo en Alemania. Ha sido considerado estos últimos años como el supremo oráculo metafísico. Ha hablado de la muerte. Con su palabra enigmática, enigmática en el sentido total del término, porque Heidegger es un verdadero acróbata del lenguaje, pues realiza las mayores audacias de combinaciones de prefijos y sufijos sobre el hilo sutil de las raíces gramaticales, con su palabra enigmática ha lanzado sobre la existencia sombras trágicas.

Hoy ya la existencia es trágica. El hombre es con una actitud fundamental entre los seres que le rodean sin decirle nada. El hombre se siente a sí mismo, se siente dado por alguien, al que Heidegger no llega a entrever, por alguien que desde las cavernas sombrías de la nada lo ha arrojado a la existencia, y se encuentra el hombre siendo y teniendo que existir.

Tener que existir es tener que realizar el proyecto o esbozo que en el mismo existir se le hace patente, tarea inaplazable desde el momento mismo en que se siente arrojado. Para cumplirla con eficiencias suficientes.

Pero cuando el hombre se interna en las profundidades de ese boceto primordial, encuentra en sus honduras dos direcciones: una al pasado, otra al futuro. La dirección del pasado apunta hacia la nada; la del futuro, hacia la nada. Es pues en fin de cuentas, la existencia humana una chispa momentánea que de la nada, salta a la nada. Total, nada.

Ante esta tragedia siente el hombre una suprema angustia, de la que quiere liberarse entreteniéndose con las cosas de este mundo.

Martín Heidegger habla de Heroísmos, del heroísmo de la finitud. La actitud heroica heideggeriana es la siguiente: decir "sí" al supremo destino que en propio ser se le ha revelado al hombre. Esa es la decisión heroica, que constituye una categoría superior de hombres. Aceptar la nada propia. Resignarse a la nada del futuro. Ir caminando por la vida en dirección a la nada. Así, el vivir es simplemente un continuado morir, porque todo paso es un acercamiento a la muerte, a la nada.

En nuestra vida vamos avanzando entre innumerables posibilidades, de las que sólo un número reducidísimo se verifican. Sólo hay una posibilidad ineludible: la muerte. Porque en los constitutivos mismos del ser está la muerte. El ser, el ser humano, único que propiamente es y tiene en sí razón de existir, en contraposición a todos los demás seres que *son-para...* no simple y nudo *ser*, el ser humano es un *ser-para-morir*. El hombre queda reducido a tiempo. Ser es fluir. Existir es pasar, pasar incesantemente de la nada a la nada.

Esta es la suprema tragedia de la filosofía de la vida. Lleva al hombre a la muerte, a la nada sin sacarle de ella. Esta es la tragedia de la filosofía existencial: lleva a la no-existencia sin poder poner bajo los pies del hombre un apoyo estable en qué resistir a la inmensa corriente del ser que fluye vertiginosamente a la nada.

El hombre, por mucho que quieran poetizar Heidegger y los suyos ese trágico heroísmo de la nada, el hombre no puede designarse a ese tremebundo nihilismo. No puede ser. Arde en sus entrañas una chispita inextinguible de fuego imperecedero. El hambre de inmortalidad le revora. El frío de la mor-

talidad no basta a apagar esa chispa, ni a saciar esa hambre. El hombre rompe las barreras de la muerte y pasa adelante, adelante... siempre adelante hasta encontrar una hoguera de llama inextinguible de cuyos ardores siga su chispa interior encendiéndose y ardiendo e iluminando. El hombre quiere saciar su hambre de inmortalidad, y no cejará hasta que la haya satisfecho.

No es el abismo de la nada el sentido supremo de la muerte. La nada es nada, y con la nada nada se soluciona y explica.

El supremo sentido de la muerte, oomo el de toda la realidad es algo, un ser, y más exactamente, el ser. Dios, que hizo a su imagen y semejanza al hombre, puso también en él un adarme de inmortalidad a imagen y semejanza de la propia eternidad. La muerte es el momento supremo en que el hombre, deshaciéndose de lo caduco, perecedero y temporal se encuentra con lo eterno e inmutable; en que saliendo de estas nieblas de lo aparential y fatuo, descansa en lo sólido y real. — *E. C. A. Estudios Centro Americanos*. San Salvador, Junio de 1946, pp. 51-54.

LAS RELIGIOSAS HOSPITALARIAS Y LAS OPERACIONES ILICITAS —

Acerca de los deberes de una Religiosa, que es jefa o supervisora en la sala de operaciones de un hospital católico: ¿Está obligada a impedir la realización de una operación ilícita? ¿Cuál es su obligación si su superior (superintendente del hospital) al ser informado de la operación ilícita que se propone realizar, no hace nada? ¿Será suficiente que ella se limite a ausentarse cuando sabe o sospecha que se está por hacer algo ilícito? ¿Hasta dónde y en qué circunstancias puede descansar en el sentido moral del cirujano en los casos dudosos?

Primero, daremos algunas observaciones preliminares. Nosotros entendemos que el departamento de cirugía de un hospital en este país debe ser conducido no solo según sus reglas especiales y las reglas del Colegio Americano de Cirujanos, sino también según el Código de la Asociación de Hospitales Católicos. Este Código establece explícitamente: "Antes de comenzar una operación en este hospital, se requiere que el cirujano declare a la Hermana a cargo de la sala de cirugía qué clase de operación se propone realizar". "El Código pasa después a dar una lista de operaciones que "carecen de ética y no pueden ser realizadas".

Debe notarse que estas operaciones son prohibidas, no por alguna ley disciplinaria de la función hospitalaria católica, o por la ley de la iglesia universal, sino por la ley moral en sí. Son ilícitas, por tanto, no sólo para los católicos, sino para todo el mundo, y no pueden ser permitidas en ningún hospital. Las autoridades de un hospital tienen el deber de impedir tales operaciones. En un hospital católico será generalmente la superiora religiosa quien estará investida de esta autoridad. Pero ya que la superiora no puede estar en todo ella (o el) podrá delegar su autoridad. Quien tenga esa autoridad delegada tendrá también el deber oficial de comprobar que esas leyes estén observadas en el departamento a su cargo.

Como hemos dicho, ciertas operaciones son prohibidas porque contravienen a la ética, i. e. contra las leyes morales. Puede suceder que ciertos médicos, en particular los no-católicos, piensen sinceramente que alguna u otra de esas operaciones sean permisibles. En algunos casos se nos permite dejar a las personas de buena fe, según reza la expresión, pero en casos como estos, donde a menudo la vida humana está en discrimen, y donde la reputación de un hospital católico sufrirá, la regla de dejar en la buena fe "puede ser seguido sólo en muy pocos casos". Las autoridades de los hospitales católicos

deberán aceptar como regla práctica y normal que aún los médicos bien intencionados requerirán de tanto en tanto ser instruidos (amonestados) acerca de la inmoralidad de ciertas operaciones y deberán ser impedidos de practicarlas.

De lo dicho podemos extraer la conclusión que si una operación propuesta por un cirujano cae claramente bajo las prohibiciones del código médico, no debe ser permitido en el hospital. Ni siquiera cabe discusión sobre este punto. Pero como sabe toda persona entendida en cirugía, no siempre es fácil catalogar las intervenciones quirúrgicas. Es posible que originen diferencias de opinión entre los teólogos y los médicos si una operación determinada o un cierto tratamiento en realidad cae bajo las sanciones del código médico. Es posible entonces que una sincera diferencia de opinión surja entre la hermana encargada de la sala de operaciones y el cirujano a cargo del caso. Cuando es posible, estos casos deben ser resueltos por el cuerpo de cirujanos, la administración del hospital y un especialista en moral. Si no es posible consultar el caso, o si la duda permanece después de haberse hecho la consulta, pensamos que el cirujano debe ser permitido a que obre según su conciencia. Pues la responsabilidad primaria por el enfermo pertenece a él.

Explicadas estas nociones preliminares, pasamos a responder a la consulta. 1. La hermana a cargo de la sala de operaciones está obligada a no permitir la realización de una operación ilícita, si sabe que intenta una tal operación. Presumimos que tiene autoridad la delegada para ello, y conjunto con esta autoridad va el deber de prohibir la operación como representante oficial del hospital. El no hacerlo culpablemente, sería el abandono del deber en un asunto serio. Habría también la connivencia con el médico en su ofensa contra la ley moral; y además la consideración del escándalo dada en un hospital católico, por la tolerancia y la complicidad de una religiosa. Si se supiera que en hospital católico, estas prácticas estuvieran siendo toleradas, podrían resultar grandes daños espirituales.

En el caso dado suponemos que la religiosa puede impedir la realización de la operación. Nadie está obligado a lo imposible. Si no lo puede impedir por su propia autoridad, debe notificar a la superioridad capacitada. Esto nos lleva al segundo caso.

2. La superiora (o superintendente) tiene la autoridad última para evitar operaciones ilegales. La primera obligación del supervisor o superintendente que no puede impedir la operación por su propia cuenta es de informar a la superiora del hospital. Estrictamente hablando, el superintendente puede entonces inferir que ha concluido su deber. Pero si encuentra que demasiadas veces la superiora es negligente o demasiado tímida en esta materia, nos parece que el bien del hospital exige la presentación del caso a la autoridad superior.

3. Ciertamente no es suficiente que el supervisor se ausente cuando se realiza una operación ilegal, si éste puede impedirlo. Pero en el caso que se requiere la intervención de la superiora y esta intervención no se efectúa, la ausencia "conveniente" podría ser la solución menos dañosa. Pero una situación que exige este subterfugio en un hospital católico no es una situación buena.

4. Todo lo dicho anteriormente presupone el caso de una operación ciertamente ilícita. ¿Y los casos dudosos? ¿Puede una religiosa fiarse de la conciencia de un médico? Aquí debe llamarse la atención a una respuesta de la Santa Sede (Julio 7, 1911), citado por Sabetti en su teología moral. En el caso citado por Sabetti un grupo de hermanas a cargo de un hospital pre-

guntaban (1) Si ellas debían tomar medidas para saber si los médicos estaban observando los decretos recientes de la Sta. Sede relativos a operaciones ilícitas, o si (2) era suficiente si elegían médicos de conciencia y dejaran en ellos la responsabilidad. En respuesta a estas preguntas la Sga. Penitenciaría afirmó que sería suficiente si se eligieran médicos concientes y que la superiora no debía interferir con ellos excepto si se tuviera alguna razón positiva de pensar que el médico pensaba hacer algo ilícito.

Han pasado muchos años desde que la Santa Sede dió esa regla práctica y durante esos años las operaciones ilícitas han aumentado en número y la enseñanza en las universidades se ha estado separando cada vez más de las enseñanzas de la Iglesia.

El resultado de esa enseñanza en las universidades ha sido que muchos médicos, aunque hombres de conciencia, no están correctamente informados en materias morales. No podemos, desde ya, basarnos en una presunción general de su conocimiento ético. La existencia del código quirúrgico parece presuponer que no existe esa presunción. Pero aunque no podemos ya fiarnos de una presunción general acerca del correcto conocimiento ético de un médico conciente, podemos sin embargo suponer que es honrado y sincero. Por eso pensamos que la hermana a cargo de la sala de operaciones debe guiarse por esta regla: que el médico diga, agún código, qué operación está por hacer. Si afirma que va a ejecutar una operación que no está prohibida, la hermana no debe hacer ulteriores investigaciones si no tiene razón fundada para pensar que se propone hacer algo que no sea ético. Si tiene esa razón positiva, (por ejemplo, a raíz de algo hecho en la preparación del paciente, o porque sabe por experiencia que este médico no toma en serio el código) debe entonces investigar el asunto con tacto, por cierto, y sin herir susceptibilidades. Muchos médicos nos han dicho que ningún cirujano puede sentirse razonablemente ofendido si la hermana hace preguntas para resolver sus dudas.

Si después de preguntar la hermana encuentra que el cirujano se propone hacer una operación ilícita, debe naturalmente prohibirlo. Pero si encuentra que la licitud de la operación misma no es dudosa, debe proceder como indicamos en nuestras observaciones preliminares: consultar si es posible: si no lo es, que el médico siga su conciencia.

En conclusión, cuando un médico propone hacer una operación ilícita, pero en el curso de ella hace algo no ético (una esterilización, por ejemplo), la hermana generalmente no sabe de esto hasta que ya es tarde. Pero el doctor debe ser amonestado por la autoridad competente que la repetición de esta conducta motivará su exclusión del hospital. Probablemente nuestros hospitales ya tienen una manera definida de proceder en estos casos. Donde no lo haya, mejor que el que ejecute las medidas sea el cirujano en jefe.

Es muy importante que los hospitales católicos tengan un cirujano en jefe y un patólogo que sean hombres de moral y conocimientos exactos morales. — *Review for Religious Communities*, Mayo 1946.

EL RESCATE DE FRANCIS THOMPSON. — El padre de Viola Maynell — que hoy tiene noventa y cuatro años y vive en Sussex — es una gran figura de las letras católicas en Inglaterra. Wilfrid Maynell, que tal es su nombre, fué uno de los escritores que desempeñaron un papel más positivo en el renacimiento de la literatura católica en Inglaterra a fines del siglo XIX. A juicio del propio Francis Thompson, Maynell hizo más que ningún otro hombre para formar el buen gusto literario católico. Wilfrid Maynell, convertido al catolicismo, contrajo matrimonio con la hermana de un conocido pintor

católico: Lady Viola Buteler, quien, bajo la firma de Alice Maynell, demostró ser una poetisa de gran delicadeza y distinción.

Editó el matrimonio dos revistas — "The Weekly Register" y "Merry England" — a fin de dar un medio de expresión a las opiniones católicas, y a la redacción de esas publicaciones llegaron un día ciertos manuscritos extraordinarios. Se trataba de poemas escritos sobre cartuchos de papel y recortes mugrientos, pero poemas de tan singular fuerza y belleza que Wilfrid Maynell, viendo reflejada la pobreza en la base material de aquellos escritos, hizo cuanto pudo para entrar en contacto con el autor de versos de tan alta calidad. Como rasgo característico suyo, Thompson no había hecho constar su dirección ni había dejado indicio alguno de ella, y al fracasar en sus gestiones de búsqueda, Maynell publicó el poema titulado "La Pasión de María" en "Merry England" con la esperanza de atraer a quien lo había compuesto.

Pocos días después, se le anunció que un tal Mr. Thompson deseaba verle y, como se describe en la biografía del poeta, "se abrió la puerta y asomó una mano. La puerta volvió a cerrarse, pero Thompson no había entrado. Una vez más se abrió y se cerró de nuevo. A la tercera tentativa, penetró un hombre con aspecto de vagabundo. Nadie esperaba semejante figura; más harapiento y desgredado que el tipo corriente de mendigo, sin camisa debajo del saco y asomándole los pies por los zapatos rotos y casi inservibles".

Francis Thompson ha sido llamado "un juguete del destino". Hijo de un médico católico de Lancashire, estudió primero en el célebre colegio católico de Ushaw, del norte de Inglaterra, y después pasó a estudiar medicina al Owens College, de Manchester. La mala salud y posiblemente lo que Chesterton llamó "el rascacielos de su humildad", ensombrecieron sus días. Abandonó sus estudios y buscó trabajo en Londres. Poeta y místico, incapaz de cosas prácticas, lo único que hizo en la gran capital fué sumergirse más y más profundamente, colocándose de dependiente auxiliar en una zapatería. De allí pasó a distintos empleos en uno y otro comercio de libros viejos que recogía y transportaba en su saco cargado al hombro, pero aun eso fracasó y la miseria le fué asfixiando más y más. Quedó convertido en un desheredado que dormía en los parques y en las puertas y buscaba la comida en la forma en que sólo lo hacen quienes están en la mayor miseria.

De tal situación fué rescatado por su propio genio y por el matrimonio Maynell. Los esposos no sólo le proporcionaron los medios por los que sus incomparables poemas pudieran llegar al público y lo presentaron en círculos influyentes que le ayudaron a vivir de su pluma, sino que, sobre todo, le dieron un hogar bajo su propio techo, le ayudaron a recobrar la salud y le hicieron partícipe de la alegría de su familia de muchos hijos. Thompson había sentido siempre una admiración profunda por los poemas de Alice Maynell y el contacto personal con ella y sus hijas fué pronto causa de muchos de sus mejores poemas.

Sus primeros libros "Poems of Children" y "Sister Songs" están llenos de composiciones dedicadas a Mrs. Maynell y sus hijas. Al cuidado de ellos y con el afecto de la familia Maynell floreció el don poético de Thompson, y en los pocos años de vida que le quedaban — murió a los cuarenta y ocho —, fué aclamado por toda la Gran Bretaña y por todo el mundo como uno de los mejores poetas de nuestros tiempos. — *Semanario Católico*, Habana, Cuba, Noviembre 3-10 de 1946, pág. 16.